

cienda para deshacerse pronto de aquella carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguía cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura, que caminaba también con la cabeza caída, como animal de recua, ó como si también para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.



CAPÍTULO XIII.

—
EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD
DE UN CERTIFICADO
PEDIDO Á TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorrumpían en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestación del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenía un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.

Grandes patios cercados por amplios corredores; espaciosas habitaciones antiguas en las cuales se notaba todavía alguna que otra puerta, cuya parte alta ostentaba la forma de una gran concha, y en otras un frontispicio en donde estuvieron esculpidas las armas de España entre dos ángeles de piedra sin narices y sin manos, pero atestiguando con sus menoscabadas formas la veneración de los antiguos poseedores por su rey y señor.

Carlos había querido conservar aquellos vestigios, que patentizaban la antigüedad y nobleza de los ascendientes de Chona, de manera que aún había poyos revestidos con azulejos, cocina con brasero, y lavaderos de estilo monástico, baño en forma de *placer* y otra porción de recuerdos, que no había sido dado á la mano del arquitecto trocar por otra construcción.

Había una sala decorada al estilo moderno, aunque con los muebles desechados de la casa de México por ser de menos gusto que los actuales; pero en algunas piezas

permanecían aún los sillones de caoba maciza con asientos de baqueta, las pantallas formadas con trozos de espejo, las mesas de bálsamo con patas de león y goteras de ondas, algunos grandes cuadros pintados al óleo, ennegrecidos por el tiempo y colocados todavía en sus primitivos marcos de madera tallada de estilo churrigueresco.

Había también algunas astas de venado que recordaban las cacerías, no con trompetas ni con trahillas, sino los solaces poco ostentosos de los antiguos dueños, á la acertada puntería del niño grande de la hacienda, que había matado su venado en sus primeras vacaciones hacía muchos años.

Todo fué objeto de estudio y de curiosidad para las visitas, quienes por todas partes encontraban objetos raros en que fijarse y que cada cual comentaba á su manera.

Castaños y Anita, que como sabemos eran muy curiosos, representaban netamente esa parte de nuestra sociedad que, cogida por la red de una ignorancia supina, ha sabido adquirir cierto aire de suficiencia, y cierto

aplomo para la mas necia crítica; y poniéndose sobre todo lo que la rodea, se convierte en censura perenne de cuanto se le pone delante.

Estos entes son refractarios á todas las impresiones de lo maravilloso y de lo grande; nunca se conmueven, y son fríos por cálculo más que por temperamento: temiendo siempre elogiar una barbaridad, se rien de lo que no es risible, y no elogian sinó después de haber pillado su opinión á personas que les merecen crédito.

Castaños y Anita «eran así.»

Para Castaños era malo todo lo de México y sublime todo lo de Europa, en cuyos países creía de buena fé que no había más que maravillas, y para cuyo progreso tenía Castaños unas tragaderas, que daban por cosa olvidada la navegación aérea, y todas las hipótesis y las aspiraciones de la ciencia.

Castaños «era así.»

Anita era su eco, y Castaños era el oráculo de aquella mujer llena de suficiencia y

de una ignorancia incorregible, porque á su vez también Anita «era así.»

Se rieron los dos de los sillones y de los azulejos, y creyeron que todo aquello eran lunares de la casa.

Los filarmónicos, apenas se hubieron lavado las manos, se apoderaron del piano, que estaba acabado de afinar.

Castaños exclamó con énfasis:

—¡Qué desafinados están los tiples!

—Está el piano insoportable, repitió Anita.

Esto lo estaba diciendo delante de un señor enjuto de carnes y de grandes orejas, que tenía en la mano la llave de las clavijas del piano y á quien se había obligado á adelantarse á los viajeros, con el exclusivo objeto de afinar el piano.

—Ha quedado usted perfectamente, señor Villavazo, le dijo al afinador uno de los filarmónicos, cuando acabó de ejecutar una pieza de Aniceto Ortega.

—¡Qué bárbaro! dijo Castaños al paño á Anita.

—¿Lo oyó usted?

—Sí.

—¡Y así se llaman filarmónicos estos hombres!

—En Europa no hubiera sido esto tolerable, hubieran llevado al afinador ante los tribunales.

—¡Lástima de dinero! exclamó Anita fingiendo que la risa no la dejaba ni hablar.

Todo lo cual no tenía otra explicación sinó que Anita y Castaños «eran así.»

Pasadas las primeras impresiones del recibimiento y del examen de la casa, vino á poner en movimiento y observación á aquellas gentes, la circunstancia de haber entrado al patio de la hacienda, los ginetes que traían preso al ladrón.

La mayor parte de los concurrentes salieron á los corredores, para ver de cerca al bandido; algunas niñas pusilánimes corrieron á esconderse como si hubieran anunciado la aparición de un tigre, y Carlos, conociendo que aquella escena podría cambiar en disgusto la alegría de sus convidados, llamó á uno de los de la escolta y le dijo:

—¿Quién ha dado á ustedes orden de traer aquí al preso?

—*Pos* nosotros dijimos, señor amo, que aquí debíamos traerlo.

—¿Aquí, para qué?

—*Pos* el amo don Homobono, nos mandó decir que á la hacienda grande.

—Bien está, pero el reo vendrá consignado á alguna autoridad.

—En eso, señor amo, nosotros no sabemos y su merced dirá.

—Será bueno, agregó el administrador, que se lleven á este hombre ante la autoridad.

—*Pos* como sus mercedes dispongan, dijo el ginete que sostenía su sombrero con la mano derecha, á corta distancia de la cabeza.

Entretanto el reo había fijado una mirada escudriñadora al administrador y á Carlos, y luego bajándose violentamente el embozo del jorongo que le cubría toda la cara, saltó del caballo y, casi de un salto, y apesar de la escolta, estuvo frente á Carlos.

Este salto acabó de desmoralizar á los espectadores tímidos, que creyeron ver en él una agresión, y hasta Castaños retrocedió dos pasos.

Permaneció el bandido unos cortos momentos frente á Carlos, fijándole aún la vista y en seguida se descubrió quitándose su rico sombrero.

—¡Será cierto! exclamó el administrador.

—Sí, señor; es cierto, soy yo: dijo el bandido.

—¡José María Gómez! exclamó de nuevo el administrador.

—El mismo, para servir á usted; dijo Gómez dejando vagar en sus labios una sonrisa, que bien podía interpretarse como el signo de una perfecta tranquilidad.

—¿Gómez? repitió Carlos, no pudiendo dar crédito á lo que estaba viendo.

Gómez tendía la mano al administrador y éste vacilaba en aceptarla.

—Puede usted tomarla con confianza, señor administrador; soy José María Gómez,

su amigo de usted y que respeta al amo todavía.

El administrador aceptó la mano de Gómez.

Los curiosos se habían ido acercando poco á poco.

—¿Pero usted, Gómez?... dijo de nuevo el administrador, usted....

—Qué quiere usted señor, á todo el mundo le puede suceder una desgracia. Yo venía caminando solo, acordándome del amo, y como se decía por donde quiera que venían los amos, y como hace tanto tiempo que no los veo, dije, pues voy á saludar á los patronos, y á ver cómo están de salud.

—Entonces..... interrumpió Carlos.

—Entonces estos señores, dijo Gómez señalando la escolta, me marcaron el alto; y como el que nada debe, nada teme, me paré.—Eché pié á tierra.—Adios ¿y por qué? les dije.—Ya lo sabrá con la justicia.—¿Y yo de qué?—Jale por ahí—me dijeron, y jalé.—Pero oiga, amigo, le dije al de la escolta, y usted por qué me lleva? y el

señor me dijo que porque habían robado anoche, y que el juez mandaba que aprehendieran á todos; y dije: pues vaya, al fin voy *pa* la hacienda grande, pos nos iremos juntos.—A ver las armas, me dijo otro.—Adios, pos qué les he de hacer, les dije, y con perdón de usted, me dijeron una mala razón—y yo, la verdad, como estaban de *á bola* y metiendo luego los caballos y poniéndome las armas en la cara, dije, pues vamos, que al fin el amo me conoce y está satisfecho de mi persona; y dije, *pos* en llegando cuando no me sueltan; *pos* dónde mejor hemos de ir que á la hacienda grande ¡vaya! pues allá es como mi casa.....

Carlos estaba perplejo.

—¿A dónde aprehendieron al señor? preguntó Carlos al de la escolta.

—Pues bajando la loma.

—¿Iba solo?

—Pos solo y su alma.

—¿Quiere decir que á ustedes no les consta que la persona que traen, es de los que atacaron anoche los coches?

—Pues eso yo creo que lo averiguarán en el juzgado.

—¿Pero entre ustedes, insistió Carlos, no hay quién haya presenciado...

—En cuanto á testigos, dijo el de la escolta, pos la verdad no le diré á su merced que los haya, pero como el señor venía por la loma...

—¿Y qué? le preguntó Gómez acompañando á la palabra una mirada fija á su interlocutor.

—Nada, señor; sinó que como el señor iba y no.... pues como no lo conocen por aquí.

—Es que yo conozco al señor, dijo el administrador en tono que empezaba á tener el carácter de reconvención.

El ginete de la escolta se encogió de hombros.

—Sus mercedes dirán si, á pesar de la equivocación, hemos de ir á ver al juez.

Carlos y el administrador se vieron como consultándose y al fin Carlos dijo:

—En fin, por mi parte no puedo creer

que Gómez, en el tiempo que hace que no viene por aquí, haya cambiado de conducta, y ya usted ve, continuó dirigiéndose al administrador, ya usted ve que Gómez ha sido sentido por nosotros, porque nos consta su honradez.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo el administrador, yo dudaba al pronto de que fuera el mismo.

—Cabalmente, dijo Gómez, traigo la carta del amo que me la eché en la bolsa, para manifestarle que siempre me acuerdo de sus favores.

Gómez sacó su carta de una pequeña cartera que ocultaba en el sombrero.

Ante aquella prueba, desaparecieron las dudas de Carlos y el administrador.

Carlos se dirigió entonces á las personas que le rodeaban y les dijo:

—Señores, parece fuera de toda duda que estos muchachos han cometido una equivocación aprehendiendo al señor, que es José María Gómez, persona cuya honradez nos consta por haberla probado en mil oca-

siones en esta propia finca, de la que ha sido mayordomo.

Una estrepitosa carcajada de Castaños acabó con la ambigüedad de aquella escena y desde el momento en que se trató de reírse, no hubo ya quien siquiera vacilara acerca de que aquel señor Gómez había sido simplemente víctima de una equivocación.

—¿Qué sucedió, preguntaban por todas partes.

—Nada, ha sido un chasco.

—Por qué?

—Pues si es Gómez.

—¿Quién es Gómez?

—Ese señor.

—¿El ladrón?

—Cállese usted, hombre, si no es ladrón, es una persona honrada que ha estado empleada en la hacienda y lo conoce el señor D. Carlos.

—¿Es posible?

—Sí, señor.

—¡Vaya un chasco!

—Á la verdad, pesado.

—¿Con que es Gómez?

—Gómez, el mismo.

—¿Ya sabe usted?

—¿Qué, no es ladrón?

—No, es Gómez.

—¡Ah! ¿pues sabe usted que es un gregorito?

Estas y otra multitud de voces, circulaban por todas partes, entre las risas y la sorpresa de los convidados.

—Pueden retirarse, dijo al fin Carlos á la escolta.

El que había sido interpelado, se apresuró á entregar á Gómez su caballo; otro le volvió su pistola, el de más allá su cuarta y su reata y otro sus espuelas y su espada.

—Vaya, amigos, Dios se lo pague y con su permiso, patrón, dijo en un paréntesis, dirigiéndose á Carlos; ahí están esos medios para que se los tomen de vino.

Y metiendo mano á la honda bolsa de sus calzoneras, entregó al primero de sus guardianes una suma como de doce pesos.

El administrador repuesto de su primera

sorpresa, tendió sus brazos á Gómez y se abrazaron.

Carlos se había separado de Gómez, para hablar con sus convidados.

—¿Qué pasa? le preguntaban algunos.

—¿Qué hay?

—¿Quién es?

—Es José María Gómez, un hombre muy honrado que ha sido mayordomo de la hacienda.

Entretanto habían rodeado á Gómez algunos de los sirvientes que lo habían reconocido, y los convidados comenzaron á dispersarse, dirigiéndose á sus respectivas habitaciones.

—Señor don Carlos, dijo Castaños tomando un tono grave y hablando muy bajo. ¿Está usted seguro de que ese hombre es efectivamente José María Gómez, y el mismo que fué dependiente de la casa?

—Sí, señor Castaños, contestó Carlos, y estoy enteramente seguro de su honradez; sobre que no hemos vuelto á tener otro dependiente mejor que Gómez.

—Es que..... decía yo, que pudiera no ser el mismo.

—Sobre que trae la misma carta firmada por mí y que le dí cuando se separó de mi casa.

—Yo extraño, insistió Castaños, que estos muchachos que lo atraparon, hayan podido padecer una equivocación tan punible.

—Nada mas fácil.

—Es que ellos conocen más que nosotros á esa gente.

—Vea usted, Castaños, el traje, el buen caballo que trae Gómez, y el ser desconocido de los criados de don Homobono, son motivos suficientes para explicarse la equivocación; además, esto pasaba en momentos en que estos muchachos tenían empeño en quedar bien con nosotros: esta es otra circunstancia que disculpa el error: tal vez, señor Castaños, los mismos muchachos lo han aprehendido á sabiendas de que es inocente.

—Precisamente en eso me fundo para

creer, que acaso la equivocación está mas bien de nuestra parte.

—¿Por qué?

—¿Vé usted aquel criado que habla con otros dos?

—Sí.

—Pues á ese le acabo de oír decir, que está seguro de que el tal don José María Gómez, es un ladrón de cuenta.

—¿Es posible?

—Sí, señor don Carlos.

—No lo crea usted, yo conozco bien á Gómez; sólo que últimamente haya dado en malearse.... en fin, veremos.

—En todo caso será conveniente que hable usted con ese criado, y tal vez de sus aseveraciones se pueda deducir la verdad.

—En efecto, y aun cuando no sea sinó por una simple precaución, le daré á usted gusto, señor Castaños.

Carlos enseguida mandó llamar al criado que le había indicado Castaños, y se retiró para hablar con él á solas.

Poco á poco fué despejándose el patio y

ya sólo quedaban en él algunos criados, cuando se pudo notar que Gómez, no muy lejos de un grupo de peones, hablaba con un varillero.

—Un par de mancuernas, lápices, cortaplumas, tijeras muy finas, decía en voz chillona el varillero, y luego agregaba bajando la voz, y enseñando á Gómez algún objeto: Aquí lo entregan, patrón. [Plumas de acero, llaves para relojes.] [Yo sé lo que le digo sáquese pronto.] Cerillos del ruido y del silencio, un par de ligas para la señorita.

Gómez, disimulando, fingía reconocer los objetos que le mostraba el varillero, y cada vez que tenía que decirle algo, se inclinaba hacia la vidriera del cajón de las chácharas.

—Ya saben lo del muchacho en la otra hacienda y hay exhorto. [Navajas de afeitar patroncito.]

—¿Y saben dónde está? preguntó Gomez.

—[No, patrón;] Unas tijeras [pero saben que usted y el Pájaro...] son muy finas, patrón.

—¡Adios! ¿Y cómo lo saben?

—Es lo menos, veinte reales; [Pues como siempre cogieron á Celso...] Son de cuatro hojas, señor amo.

—¿Qué de veras?

—Eso nos cuestan y no ganamos nada. [¿Pues no? si por eso vine;] Es lo menos, patrón. [yo sé lo que le digo; sáquese.]

—Espéreme por ahí.

Gómez dió algunas monedas al varillero, fingiendo que se guardaba algunos objetos, y se dirigió con paso firme hacia el lugar por donde había desaparecido Carlos.

